

La embriaguez de Narciso en el Simbolismo francés

Paulette Rachou.

Universidad Católica Argentina

El hombre antiguo con gran capacidad para vivenciar el misterio en el que estaba inmerso, tuvo la experiencia de la pérdida de una época primordial paradisiaca en la que el cielo y la tierra estaban en relación directa o que era posible ponerlos en contacto ya sea ascendiendo a un monte, subiendo por una escalera o trepando a un árbol. Así surgen los símbolos riquísimos del monte, el árbol y la escalera.

Pero por un hecho misterioso el monte se aplanó, no fue posible subir al árbol y la escalera no ofreció sus peldaños. Así el cielo y la tierra, para oriente y occidente, quedaron separados.

La añoranza de esa felicidad perdida permanece en el hombre y en determinados momentos de la cultura se hace más angustiante y así surgen los mitos para expresar con su hermetismo una realidad inefable.

Para nuestro racionalismo moderno es muy difícil comprenderlos y por eso es posible que de un mito antiguo de desprendan distintas interpretaciones que tal vez son parte de una realidad alcanzable solo a los iniciados.

He de referirme al mito de Narciso muy conocido y empobrecido por la sicología moderna.

Narciso. Dejemos de lado su historia muy poéticamente presentada por Ovidio en su *Metamorfosis* (libro III, v. 340 al 520) aunque ya con anterioridad

el encanto del narciso aparece en las ceremonias de iniciación en el culto de Demeter en los misterios de Eleusis (Himno a Demeter, v. al 20).

Es que siempre Narciso, de "nárke", adormecimiento, embriaguez, transforma de distintas maneras a los que contemplan o se enamoran de él.

En Francia en el siglo XIX en oposición al naturalismo y al positivismo inspiradores de la novela, se alza el Simbolismo como uno de los momentos en que la angustia existencial es asfixiante para muchos escritores y así, por medio de la palabra, aunque insuficiente, trata de alcanzar ese mundo perdido, el mito de la Edad de Oro, las Ideas donde todo es bello, eterno, perfecto. El Edén perdido.

Dos escritores van a retomar muy especialmente el Mito de Narciso: Paul Valéry y André Gide unidos por un mismo ideal estético y por su admiración hacia Mallarmé.

Paul Valéry en tres obras presenta a Narciso como ideal poético y conocimiento de sí mismo: en "Narcisse parle", publicado en *Album des vers anciens*, (1980-93); en *Charmes* "Fragments du Narcisse" 91922-23) y su *Cantante du Narcisse* de 1938.

Me parece que el espíritu de la antigua Grecia está mas vivo en la obra que André Gide dedica a Paul Valéry: *Cantante du Narcisse* de 1981.

Aquí no hay metamorfosis. Narciso esta solo e inquieto. Quiere conocerse, conocer su alma y para conocerla se inclina sobre el río del tiempo. Conocimiento y búsqueda que no están en la versión de Ovidio. Al inclinarse sobre el agua no contempla su imagen sino que ve desfinar, como en la caverna de Platón, una realidad que no es la suya: flores en las orillas, troncos de arboles, fragmentos del cielo azul reflejados en el agua. Imágenes que están esperando que su mirada les de el ser. Cuando los mira se colorean y se animan. Es el éxtasis del presente. Pero de golpe se proyecta al futuro y así ve desfilar una realidad virtual que no es todavía y que frente a él se sumerge en el pasado. Y es un ir y venir de las mismas cosas. Y así Narciso- filósofo- reconoce la imperfección del ser hacia su realidad plena: imagen de una forma primero "perdida, paradisiaca y cristalina".

Y surge en narciso la imagen del Paraíso en su perfección. No es

pasado ni Futuro. Es simplemente el Ahora. Siempre.

En una simbiosis de textos míticos, Gide yuxtapone el Génesis con Platón:

"Chaste Eden j Jardin des Idées! Où les formes rythmiques et sûres, révélaient sans effort leur nombre; où chaque chose était ce qu'elle paraissait"; (p.15)

Ya no es Narciso; es Adán en medio del Edén. El primer hombre en el Lugar de las delicias.

El prosista-poeta rescata ese mundo perdido y para hacer mas presente esa realidad que no hemos conocido, términos de los antiguos textos hebreos reemplazan a los actuales franceses. Palabras no contaminadas con lo cotidiano para expresar mejor una realidad primigenia.

El hombre en su plenitud: "Hypostase de l'Elohim". Ha recibido el soplo divino de Dios que es presentado con una palabra hebrea que en su significación plural expresa la pluralidad divina a un ser único y singular.

De golpe se rompe el encantamiento.

La naturaleza se estremece. Ygdrasil, el árbol centro del paraíso, se quiebra. Ha nacido el tiempo.

Y el hombre andrógino se estremece él también, se desdobra y siente aparecer en él mismo un sexo nuevo: la mujer. Comprende que con el tiempo surgirá otro nuevo ser, incompleto él también y que no se saciará con la imperfección. El recuerdo del paraíso perdido vendrá en su éxtasis. El Paraíso que buscará y no alcanzará.

En la segunda parte del ensayo Gide asume un yo confesional y piensa qué pasaría si Narciso retornara. Qué vería en la fugacidad de las imágenes que borran las ondas. El drama del ser y del paso del tiempo pero le permite desear que en un posible reposos de las aguas surjan las formas puras y permanentes. ¿Será posible? Es una interrogación. Es un drama interior.

Se necesita al poeta. Su misión es mirar y descubrir en la fugacidad de las cosas las formas primeras y escudriñando el símbolo alcanzar el arquetipo. Y

cuando lo alcance debe asirlo para devolver en su obra creadora esa forma "paradisiaca y cristalina".

Y Narciso se hace presente. Es el joven bello del mito tradicional que se inclina sobre las aguas y que cree ver en la imagen del espejo a quien colmara sus ansias de amor. De golpe la fascinación desaparece y entonces ve unos ojos -sus ojos-, unos labios -sus labios- y comprende que es él mismo. Está solo. Comprende que no debe enamorarse de una imagen transitoria que desaparece en cuanto él se incorpora. ¿Qué le queda?. Solo contemplar.

Inclinado sobre apariencias del mundo siente vagamente reasumidas en él las generaciones que pasan. Narciso poeta tiene una nueva misión.

En este ensayo en el que se recrea el Mito de Narciso visionario, filósofo y poeta André Gide rescata en el siglo XIX francés el espíritu de Grecia anterior a Aristóteles: el mundo profético, el mundo mítico y muy especialmente el mundo poético.